

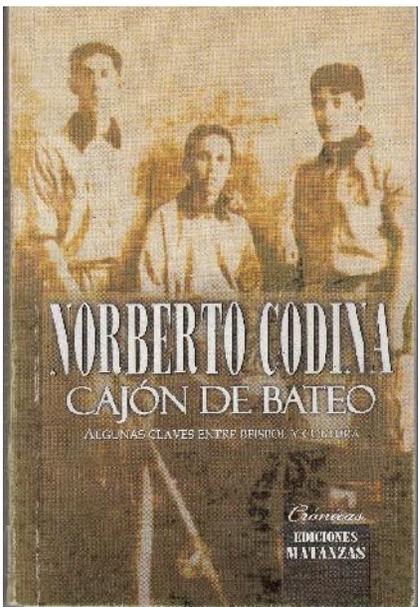
**EN EL CAJÓN... Y CON NORBERTO AL BATE****INTHE HOME...AND NORBERTO AT BAT**

**Autor:** Juan A. Martínez de Osaba y Goenaga

**Prof. Ctte.** de la Facultad de Cultura Física “Nancy Uranga Romagoza” de Pinar del Río

Correo electrónico: [osaba14@pinarte.cult.cu](mailto:osaba14@pinarte.cult.cu)

El deporte es, como tantas esferas de la vida, fuente y consecuencia literaria.



Comentar un libro de Norberto Codina, venezolano de nacimiento, ciudadano del mundo y cubano por convicción, no es tarea fácil. Y no puede el cronista menos que admirar la difícil conjunción derivada de un alma poética vinculada al béisbol, que se desdobra en conocimientos heredados, adquiridos y fomentados en el quehacer cotidiano.

Como buen cirujano, de la pelota se nutre y con el bisturí busca entrañas, no de bolas y *strikes*, carreras o larguísimos jonrones, sino cual sabio de la antigüedad, en un acercamiento definitivo con la cultura en su más amplio espectro antropológico, de matices psíquicos, sociológicos y hasta filosóficos. Codina es un hombre de la literatura hacia el béisbol, ¿o se trata de un hombre del béisbol llegado a la literatura? Tal vez haya de lo uno y de lo otro.

Con prólogo de Omar Valiño, *Cajón de bateo*, un texto de 255 páginas, publicado por Ediciones Matanzas en el 2012, constituye un monumento a la cultura de este país, a través de su deporte nacional. Pero no encontrará el lector solo pasajes recordados, a veces maltrechos, deformes. El autor ha sabido unir confesiones autorizadas, para elevar la obra al rango científico, deportivo y

cultural. Con una cubierta evocadora de épocas pasadas y eficiente edición, salvo algunos deslices en la corrección, está estructurado en nueve partes.

En la primera destaca al deporte de probabilidades, lleno de anécdotas y números, donde recuerda a Edel Casas con su memoria de elefante. Hay abundantes criterios de especialistas y hombres de la cultura, en un deporte sin límite de tiempo y su relación con el arte. Quizás por ello afirma: “Desde los antiguos, tiene el deporte con el arte y la literatura una relación visceral. Suelen también mirarse con recelo y como dos universos vecinos pero extraños...” Y acto seguido, con el filo de la navaja: “En la tradición cubana, está por saldar parte de la gran deuda que existe en reflejar el rico tejido que imbrican el béisbol y la cultura de la Isla...”.

No rehúye la polémica y toma partido por la “injusticia” contra Rey Vicente Anglada y su posterior reivindicación oficial. Un tema aún sin dilucidar del todo, donde convergen criterios y oídos sordos. Ello demuestra el filo inquisidor del autor, que a continuación incluye anécdotas pintorescas como aquella del jugador que al batear corrió por la tercera base, un momento idóneo para que bajen las aguas y cargar las baterías para nuevos momentos como el sentido homenaje a los dos mejores narradores de la Isla: *Felo* Ramírez y *Bobby* Salamanca, así como la evocación a dos poetas-peloteros, como Carlos Esquivel y Miguel Terry Valdespino, orgullos de la actual generación.

Abre la segunda parte con Hemingway y su célebre diálogo en el *Viejo y el mar*, donde no tomó partido por Adolfo Luque, o Miguel Ángel González y el autor aprovecha para destacar la obra de figuras inmarcesibles del béisbol cubano. Con ello abre el camino para caer en la música, la poesía y el celuloide norteamericano, con Walt Whitman, *Bob* Dylan y Steven Spielberg, relacionados al béisbol.

Con Enrique Núñez Rodríguez y su relación con la pelota cubana y de las Grandes Ligas, se introduce en la III parte. Recuerda que Enrique llamó a Conrado Marrero “el Lezama Lima de la pelota cubana”, para acto seguido reconocer la figura del longevo *Guajiro de El Laberinto*, a quien dedica espacio aparte al final del libro, con una entrevista que hace época.

Comienza la IV parte con remembranzas de su llegada al mundo en 1951, cuando los LEONES DE CARACAS, su ciudad natal, (¿un símil a los LEONES DEL HABANA, rojos entonces, azules hoy?), se enfrentaban a brazo partido contra los NAVEGANTES DE MAGALLANES, para profundizar en la historia de la pelota en su país de origen, donde Cuba, que lo acogería más tarde, jugó un papel activo. No oculta su orgullo por la victoria de Canónico sobre Marrero en la Serie Mundial Amateur de 1941, y omite, ¿casualmente?, la revancha de *El Premier* ante *El Chino* un año después, que devolvió la cima a Cuba.

Recuerda su concomitancia vital con *Honor y gloria, la vida de Roberto Ortiz*, de Ramón Peón (1952) y *En tres y dos*, de Rolando Díaz: “El béisbol sigue siendo una asignatura pendiente en nuestra filmografía...” En el espacio de tiempo entre ambos filmes, llegaría Codina a Cuba, para convertirse en hijo adoptivo de esta patria, y reconoce que en los juegos de solares yermos comenzó a forjarse su amor por la pelota y las postalitas de los jugadores: “¡Oh, pelota manigüera, yo te saludo!”.

No vacila en las comparaciones, tales como aquella equidistante entre Orestes Kindelán y Rafael Palmeiro, por los jonrones, a pesar de que a estas alturas pesan sobre el *big leaguer* las acusaciones de *doping*. Y se declara partidario de SANTIAGO, equipo al que arriba sin filial geográfica y le mereció el señalamiento del recordado Rufo Caballero: “Un revistero nato, como el mismísimo Norberto Codina, alguien con el único defecto de no ser industrialista; pero bueno, nadie es perfecto...” Asimismo recuerda su predilección por el MARIANAO profesional, donde militaban Miñoso y los tigres de Salgari. Sus primeras crónicas fueron, evidentemente, sobre béisbol.

Y se sumerge en figuras admirables, como Rómulo Gallegos en el *Gran Stadium* de La Habana, y otros detestables que buscaban privilegios políticos tal Carlos Prío y Batista en la misma instalación, donde alguna vez se “cocinó” el infortunado golpe de 1952. Codina rememora, una vez más, las acciones del estudiantado en el *Estadio del Cerro*, donde lució inmenso Amado Maestri en defensa de los jóvenes, a riesgo de cualquier represalia.

La V parte arranca con su oficio de prologuista en *El béisbol en los sesenta. El alma en el terreno*, de Leonardo Padura –quien no se esconde para declarar: “Me hubiera gustado mucho se recordado como un gran jugador de béisbol-, y Raúl Arce, donde reclamó la necesidad del enlace béisbol-cultura y la condición de cubano, para apoyarse en Raúl Roa (padre e hijo), Pablo de la Torriente Brau, el historiador Pedro Pablo Rodríguez, José Zacarías Tallet, Guillén y el almenarista-industrialista Rodríguez Feo, con su perenne palco en el *Cerro*, Lezama, Ciro Bianchi Ross, el no deportista Eliseo Diego con su admiración al *Bambino* y su concuño Cintio Vitier, quien admiraba “los ojos arrugados por el sol de Adolfo Luque”. Un momento de lujo en este acápite le dedica al escritor Abel Enrique Prieto, donde acude a la relación Lezama-béisbol y su postura contra la injerencia extranjera en nuestro deporte nacional, así como la admiración por Roberto Ortiz.

Ya en la VI parte, dedicada al musicólogo Helio Orovio, “tan pelotero como músico”, entra al mundo de bien combinar los sonidos y el tiempo, con *Benny Moré* en el *dugout* de *club HABANA* profesional. Algunos se sorprenderán cuando sepan que el *slugger* y violinista René González fundó la orquesta Aragón en 1939, pero pudieron más en él, las bolas y los *strikes*. De allí salta a *Pacho* Alonso con sus *Bocucos* en los sesenta, animando a los equipos del oriente del país, incluido el juego decisivo en la Serie de los Diez Millones. El recorrido es amplio hasta llegar a los Van Van en los graderíos en la actualidad. Más allá, Rubén Blades y Gilberto Santa Rosa se declaran peloteros frustrados.

La VII parte arranca con declaraciones de Arturo Arango, donde entrelaza en sentimientos la poética de una bella canción con la atmósfera de un final de campeonato. De ahí se introduce en el tema de las Ligas Negras Norteamericanas, llamadas eufemísticamente Ligas Independientes de Color, destacando el papel del cubano Alex Pompez, primero con los CUBAN STARS y después con los NEW YORK CUBANS, del *Polo Ground* de New York, hoy miembro del Salón de la Fama de Cooperstown, junto a otros cuatro cubanos; todos negros.

Aborda la fundación de aquellas lides y la utilización de nuestra patria en el nombre de varios equipos, desde el CUBAN GIANTS del siglo XIX hasta los HAVANA RED SOX. Aquellas ligas segregadas significaron un hecho denigrante que lo había

sido en todo el siglo XIX en Cuba. Alude al gran Silvio García, que pudo jugar primero que *Jackie* Robinson en las Mayores, pero se negó a dejarse vejar por hombres de otro color.

Codina se introduce a partir de la página 132 en una temática ardiente y toma partido por el primer juego oficial el 27 de diciembre de 1874, a pesar de reconocer que se debió jugar antes, algo ya dilucidado por la ciencia. Aquel desafío no pudo ser oficial, porque no existía ninguna institución, ni torneo que lo oficializara, solo fue un juego de ocasión con las virtudes de la publicidad con el primer *box score*. El mérito histórico lo carga el 29 de diciembre de 1878, cuando se enfrentaron HABANA y ALMENDARES y ganaron los primeros, en los terrenos de *Tulipán*.

Para cerrar, dedica la VIII parte al mundo del celuloide con un sinnúmero de documentales y escasos filmes en la patria (solo 2). El autor blande espadas por *Fuera de Liga*, de Ian Padrón que ha hecho las delicias de los azules y cualquier otro color, para detenerse en la impronta del *Duque* Hernández. Y rememora una obra de 2008 sobre la época del béisbol femenino, con destaque para *Viyaya*, Luisa Gallegos y tantas otras.

Así avanza hasta *El hijo perdido de La Habana* (2008), de Ernesto Pérez Zambrano, sobre alguien que paseándose por el Parque Central se acercó a la Peña Deportiva y de sus ojos brotaron lágrimas cuando un rato después fue reconocido. Era Luis Tiant Jr., el *pitcher* cubano más ganador de las Grandes Ligas. Este pasaje, solo, merece un monumento a la desmemoria reconquistada.

Al final acude a una buena parte de filmes norteamericanos, como un SOS a guionistas, productores y directores en la Isla. Solo recordar que, sin menosprecio alguno por la temática, a ella se han acercado rostros del cine como Kevin Costner, Robert Redford, Tim Robins, Robert De Niro, antes Gary Cooper y tantos otros. Y no solo por popularidad y ansias financieras, también en varios de ellos se observa el respeto por su deporte nacional, que también es el nuestro.

La IX parte incluye textos antológicos que van desde la pedagogía y la historia del béisbol, hasta cuentos y crónicas populares, así como una entrevista cardinal a Conrado Marrero; las primeras transmisiones televisivas de la pelota en Cuba y la

versión de Gabriel Molina: *Béisbol y Guerra Fría*, una de las más objetivas, entre tantas otras de acá y allende los mares, sobre el fin del profesionalismo en la Isla.

El béisbol es el deporte nacional cubano y, como tal, ha ejercido una influencia determinante en la consecución de la cubanidad, desde que nos llegó de los vecinos del norte, en un franco proceso de transculturación, que nos ató de pies y manos a concepciones mercantiles, con el espaldarazo definitivo a la conformación de la Pelota Profesional Cubana, una derivación dependiente de las ligas profesionalizadas de Norteamérica, descarnadamente expuestas a través del Pacto de 1947 con el Béisbol Organizado, que elevó, entre otras, la voces reivindicativas de Lezama, Dihigo, y Guillén.

En este libro encuentran espacio, además: Alejo Carpentier, Julián del Casal, Tucídides, Elio Menéndez, Eladio Secades, Abelardo Estorino, Fernández Retamar, Peter C. Bjarkman y Mark Rucker, Julio Cortázar, García Márquez, Eduardo Galeano, Jorge Luis Borges, Daniel Chavarría, y tantísimos otros. También jugadores insignes: Mickey Mantle, el inefable *Yogi Berra*, *Hank Aaron*, Antonio Muñoz, Adolfo Luque, Alarcón, Pedro Chávez, Roberto Ortiz...

Y no puede uno menos que envidiar en silencio, que este hombre se regocije con la amistad de *Minnie* Miñoso, un símbolo viviente, desconocido hoy en su patria, por obra y gracia de la desmemoria. Al compás de *Cuando Miñoso batea, verdad, la bola baila el cha cha cha*, soltaron sus pasillos el célebre jugador, Juan Formell y Codina, en un salón de Chicago, bebieron ron y jugaron dominó.

De polémicas, desgracias, buenaventuras, jolgorios y velorios, se nutrió y nutre nuestra pelota, la misma que el autor lleva desde el nacimiento en la Isla, hasta la asunción hace más de medio siglo de Series Nacionales. Él comprende como pocos que para comprender estos tiempos, hay que conocer aquellos. Por eso paso la bola a Norberto Codina Boeras, quien ha demostrado, una vez más, que nada podrá separarlo del ámbito cultural, ni siquiera un *deadball* sobre las noventa millas.

Y nos “amenaza” con una obra superior. ¡Cómo si fuera posible!